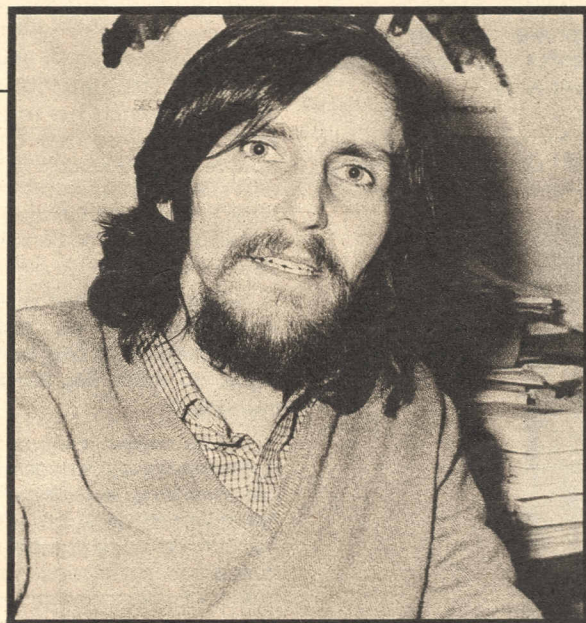


Alfonso Carlos Comín



A pesar de que ya lo temíamos todos, la muerte de Alfonso Carlos nos ha sacudido. Era una persona irrepetible, insustituible, única. Una audaz, hermosa, esperanzadora síntesis la de Alfonso Carlos Comín. Ingeniero, ensayista, editor, ha cumplido esa aventura de nuestro siglo de hacer compatible la fe del cristiano y el compromiso en el Partido Comunista, de cuya dirección era miembro, tanto en el PSUC como en el PCE. Al filo de su muerte hemos pedido a José María de Llanos, su hermano mayor, este artículo que publicamos. En otro número trazaremos su semblanza intelectual.

JOSE MARIA LLANOS (S. J.)

NO, no esperéis el artículo necrológico de precisión y análisis. Escribo cuando me lo piden, y nada sereno, con mi paz en entredicho. No, no esperéis tampoco la meditación de un cura que predica a punto sobre una muerte joven. Ni menos aún la lamentación perita de un maestro cuando se le va un discípulo, ni la del saludo de un camarada de años a un joven militante de pro. Si buscáis patrón para esto que me duele, avergüenza y confunde, id hacia lo del viejo agotado que tiene y debe, recomiéndose el lacimeo, tiene y debe recomponer un boceto de su hijo.

Alfonso Carlos en mi historia menos necia ha ido siempre por delante y nuestras vidas distantes veinticinco años pueden llevar como estampa la de los corredores que se pasan la bengala, las diversas bengalas siempre hacia la misma meta. El corría más por joven y en la carrera ganaba el tiempo que yo perdía.

Aquí, amigos, queda esta bengala quemada y bien sudada para que la recogan, ¿quiénes? Ya no pocos.

Alfonso Carlos se ha ido tras una enfermedad mucho más grandiosa y vivida al minuto entre esperanzas y mis rabias; se ha ido mucho más a lo grande que el Oscar obispo suyo tan admirado con el tiro en la nuca. Lentamente, paso a paso, como un sol que se quema. Hace más de cuatro años hice con él una Eucaristía sobre su lecho, cuando nos leyó a todos los suyos el adiós de Jesús en la Cena. Desde entonces, su ida a lo grande y misterioso marca un hito en la historia del acercamiento de las dos c. c. Y Alfonso Carlos, hombre de fe como no he conocido otro, penetró por la selva "maldita"; aventurero él, creyendo y "comunizando", dando vida a la simultaneidad a dos niveles entre cristianismo y comunismo.

Tal su proeza, su misión que nos aturde, su altura que no necesita de laureles, y... mi debilidad por quien me sacó de mis casillas burguesas y cuando él dejando su ingeniería se fue para las Málagas y yo me vine para el Pozo. Era lo mismo vivido por el campeón de sonrisa amplia y el cura mal maduro que buscaba, como Alfonso, lo de la justicia en punta en una sociedad que se decía cristiana y afirmaba que los marxistas llevaban rabo. El por allí, yo por aquí, nos cruzábamos en Madrid, cambiamos impresiones y ensueños, fracasos y eso de los ánimos. El me prologaba los librejos, yo le prologué algunos de sus estudios; él, en silencio y coraje, enseñaba; yo aprendí a dejar de hacer el infeliz en la barriada y a apostar por lo serio.

Pero estoy hablando de mí, cuando el vuelo de Alfonso me lo debía impedir; es imposible, lo que entre varios fue saliendo no se puede ahora separar ni en la congoja. Que si aquello del SEU, tras lo de "El Ciervo", que dudando y leyendo —me traía a Girardi, a Garaudy...— y que al fin lo del CPS, el cristiano para el socialismo saltándonos todas las barreras. Suyo de él el primer proyecto, juntos a los pocos meses en aquella inauguración clandestina. Y ¿después? Que a él tras su tiempo de cárcel, pues le sabía aquello a poco, y que a mí también; que fatalmente paraleleábamos en la marcha hacia otra sociedad. No quiero cronocar, pero hubo un día en que Alfonso se quedó en Madrid porque a un viejo ya le entregaban un carnet. Se había consumado el atrevimiento. ¿Se había iniciado la sembradura de lo que hoy ya él "estercola", que diría Miguel Hernández con su "noble calavera"?

Y cuando lo que algunos esperamos hará historia llevando en cabeza el pulso y la mirada de Alfonso, cuando "los de la justicia a plantas diversas" pero de humanidad común, iba de primavera, nuestro Phaeton ("Alta petis Phaeton" que diría Ovidio) que enferma y nos aturde. Pero el paso estaba dado entre escándalos de unos y asombros de otros, el hacha de paz quedaba bien clavada, había camino abierto para unos y otros y las manos de unos y otros se estrechaban firmes. Obra hecha, muerte ya posible, pero ¿por qué la del joven y capitán y no la del viejo inútil? El misterio, que para los creyentes tiene un nombre, lo preside todo. Cristianismo y comunismo no sólo tienen los libros de Alfonso, y sus ensueños y sus sudores, ahora hacen herencia y estímulo, así como juramento y hacia adelante, cueste lo que cueste. Sin disimulos, sin camuflamientos, con la claridad suya de él, que bien me enseñó a mí y a tantos a no volver la cara y confesar la empresa sin temor, sin interés torcido, y con una inmensa esperanza, la propia que nos sembró Jesús, a pesar de lo que después ha podido ir saliendo, la debida en su línea a una actitud de justicia y humanidad propias de los pensadores marxistas.

Alfonso, tu "viejo" ya no, ya sólo para el arrastre recuerda y grita a los jóvenes de hoy, les grita simplemente así: tu muerte es más que un hachazo —para mí un encuentro con Quien espero—, es toda una bandera que bien podréis flamear, quemar, jugar con ella, darla de lado. Pero, ¿ha habido acaso alguna más noble en el correr de los tiempos? ●